

ORACION
Á LA
VIRGEN MARIA

¡Oh María, verdadera Madre de Dios verdadero, aquí vengo á implorar tu protección para con este pueblo que te es tan querido; vengo á prosternarme ante tu altar para pedirte el remedio de los males que nos afligen, recordándote la palabra que empeñaste de mostrarte Madre tierna en nuestras necesidades: vengo á pedirte que renueves la fe que se extingue en los corazones y la piedad que se ahuyenta del seno de nuestras familias; vengo á suplicarte que destierres los mundanos respetos que hacen cometer tantos pecados en nosotros, é inspires de los hijos

el profundo respeto que debemos profesar á nuestros padres; que prestes socorro á los que están llenos de miserias, tu ayuda á los que padecen por la pusilanimidad, que consueles á tantos que lamentan sus pesares; que pidas al Señor por el pueblo, que interpongas tu mediación por el clero sagrado; que intercedas por ese sexo devoto de quien formas las delicias, y que todos los que se alegran con tu dulce memoria, experimenten los efectos de tu ayuda maternal. Amén.

Récense las Ave Marias que siguen:

¡Virgen de Guadalupe! reprime entre nosotros las iras desencadenadas de la serpiente infernal. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! detén

con tu mano soberana las tempestades de la persecución que ha conmovido en nuestro suelo á la Iglesia santa. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! haz que encuentren un asilo entre nosotros las almas que desean arrancarse del mundo y consagrarse enteramente á Jesucristo. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! alcanza del Señor que no profanemos los lugares consagrados á la Oración y santificados con los más altos misterios. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! intercede por la Iglesia universal, por la conservación y libertad del Sumo Pontífice, por el acierto de nuestros Prelados, párrocos y sacerdotes, y por las personas de nuestros gobernantes. *Ave Maria.*

Coloquio final

¡Oh Virgen de Guadalupe! ¡Cuán grato me es venir á pasar unas horas prosternado ante tus plantas, y dejar el ruido mundanal, para conversar dulcemente con una madre y descansar de las solicitudes de la vida, en el silencio misterioso de tu templo! Aquí sí soy feliz á tu lado, Madre mía: aquí olvido los sinsabores que amargan mi existencia, aquí paso unos instantes tan dulces, que me recuerdan la felicidad de la gloria. ¡Virgen de Guadalupe! mis ojos no se cansan de mirarte, y cuando se entrecieran, un atractivo nuevo los levanta, y unas nuevas y atentas miradas los embelesan otra vez, y no los sacian. Tu corona me revela tu majestad y tu gloria;

tu moreno semblante me recrea; encántanme tus ojos tan púdicos y tan humildes, y tu boca graciosamente cerrada me regocija; la cruz que abotona tu túnica me recuerda que debe ser mi riqueza y tesoro; tus virginales manos al juntarse, me enseñan cuánto oras por tu pueblo, y me invitan á la santa oración; el dorado floreo de tu vestido me indica cómo deben adornarme las virtudes, encendidas en el oro de la caridad; el sol que te circunda y las estrellas que bordan tu manto me acuerdan que eres tú la Reina de la creación, y que debo revestirme de la luz de la gracia para imitarte; la luna que pisas, puesta á tus pies, me advierte, que sólo debo estar en este mundo como de paso y que debo conculcar el

polvo del destierro, y no abrazarlo con delicia; el querubín que te sostiene, me advierte que los ángeles te sirven como á Reina, y toda tú vestida al uso de las doncellas hijas de nuestro suelo, me haces pensar en aquella palabra que de tu divino Hijo, dijo el Apóstol: que "se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo, hecho á semejanza de los hombres, y hallado en la figura exterior como hombre." (Philip. II. 7).

Así tú descienes á tomar la forma de indígena, y á semejanza de ellas te pintas y en la figura exterior de ellas te hallamos cuando en tu Imagen venerada venimos á buscarte. ¡Bendita seas, Reina mía, que te apareciste entre nosotros con los colores de las hijas de nues-

tro suelo, rasgo de cariño que mi corazón quisiera corresponder, y mi alma agradecer como debe. ¡Virgen de Guadalupe, yo quiero endulzar mis miradas con posarlas sobre esa pintura de los cielos; quiero que mi pobre cabeza sea esa dichosa luna que tocan tus plantas: quiero que mi corazón, encendido en tu amor, lance por todas partes rayos del fuego que le anima, para que te formen un trono y en medio de él habites: quiero que el querubín abra su mano y suelte tu manto para tomarlo yo y con él cubrirme, y bajo él protegerme de los tiros de mis enemigos; yo quiero que esas manos apretadas tomen en medio las mías, y me levanten del polvo de la tierra, á contemplar las cosas del cielo, y mirar cara á cara tu her-

mosura. ¡Madre mía, vida mía, dulzura mía, yo no me canso jamás de estar contigo! pero es fuerza separarnos, encanto de mi alma; es preciso partir y no ver más á la que amo. Mas aquí te dejo mi corazón, Virgen de Guadalupe; contigo queda amándote y venerándote. Bendíceme Señora, mírame aún otra vez y déjame mirarte. Piedad Madre mía, una mirada compasiva, una bendición tuya para este pobre suelo! Amén.

V. Virgen de Guadalupe, Madre mía.
R. Mi corazón te dejo en este día.

Digase tres veces.



ORACIONES

PARA

ANTES Y DESPUÉS DE LA CONFESION

Acto de contrición.

¡Oh Dios y Señor mío! ya va á llegar el dichoso instante en que quedaré purificado de mis faltas con la Sangre de mi Salvador. Quisiera tener un grande dolor de todas ellas y una firme resolución de morir antes de volver á cometerlas. Escucha, Jesús mío, la súplica de éste tu hijo postrado á tus pies y ante tu altar: no entregues al demonio el alma de un hijo que en tí pone su confianza.

Crea en mí un corazón nuevo, é inspírame un odio profundo al pecado que junto con tu amor me disponga al perdón.

Sí, Señor, detesto por lo pasado y abomino para lo de adelante todo lo que sea contrario á tu santa ley. Odio al pecado que me ha traído tantos males, privándome de tantos bienes, y exponiéndome á la penas eternas; odio al pecado que ha enclavado en la cruz á mi Jesús, mi Dios, mi hermano y mi bienhechor. Haz, Señor, que mi arrepentimiento sea proporcionado á mis faltas, y sincera mi contrición, para ser reconciliado contigo por las palabras que tu ministro va á pronunciar sobre mí.

Acto de fe

Oh Jesús, bondad infinita, yo sé y creo que digiste á tus Apóstoles: «á quienes perdonareis los pecados les serán perdonados.» Gracias te doy por esta sagrada palabra, que tantos bienes me proporciona: bendita sea tu clemencia y tu misericordia! Creo también que dejaste en tu Iglesia el poder de perdonar los pecados, ejerciéndose desde entonces hasta que haya en el mundo un solo pecador á quien salvar. Creo igualmente en la eficacia del sacramento que voy á recibir, pues está fundada en tus infinitos merecimientos y la santa Madre Iglesia me lo enseña; bien sé que soy culpable; pero no puedo desesperar de obtener la gracia, porque

creo en la eficacia y el poder de la palabra del perdón que el sacerdote va á pronunciar sobre mí.

Acto de confianza.

Tú eres, ¡oh Dios de misericordia! el que me has inspirado un temor saludable del triste estado en que me hallaba: tú me has traído á la memoria los pecados de mi infancia: tú, quien me has dado un profundo arrepentimiento. Después de tantas mercedes, no puedo ya dudar que tu inefable bondad no me otorgue la más importante de todas: la de quedar justificado con la absolución que voy á recibir.

Ya voy pues, ¡oh mi Padre y mi Dios! voy á acercarme al ministro del sacramento que va á restituirme á tu amor y á

la santidad. Temblando voy, Señor, á causa de mi miseria; pero también voy lleno de confianza, apoyado en tu brazo paternal.

Acto de amor.

Dios mío, tu criaste para tí mi corazón, y en el día de mi bautismo tomaste posesión de él: más ¡ah! que yo te lo he quitado y lo he dado al demonio entregándome al pecado. Sí; con dolor lo confieso, he amado al pecado más que á mi Dios, pero tú Señor, me has trocado; á tí te doy para siempre mi corazón, oh Padre tierno y amoroso! Muy loco sería y muy ingrato si sin amor me acercara á los pies del sacerdote que en tu nombre va á perdonarme. Aquí te traigo pues, Jesús mío, mi corazón;

en tus manos quiero ponerlo, mira Señor cuán débil y enfermo se encuentra el corazón de este tu hijo: el demonio le ha hecho juguete suyo, el pecado lo ha desfigurado, y borrada en él tu imagen no está ya para conocerse! Mas ya quiero amarte, Jesús mío, que harto he sufrido lejos de tí. ¡Oh y cuán pesado es el yugo que impone el demonio al hijo que no te ama; por eso quiero amarte de hoy en adelante; porque tú eres el descanso de mi alma, la dulzura de mi vida y la esperanza de la eternidad! Amén.

ORACIONES

DESPUÉS

DE LA CONFESION

Acto de admiración.

Bendito seas, Señor y Dios mío, que acabas de hacer bri-